

Juventudes, democracia y crisis de representación en México

Por Díaz Vázquez Valeria

Universidad Autónoma Metropolitana

Resumen

La relación entre los sectores juveniles y el sistema democrático dentro de México existe en constante cambio definido por una mezcla de involucramiento activo, falta de fe hacia las instancias oficiales y el intento constante de encontrar nuevos caminos para ejercer influencia sobre la política pública.

Los jóvenes representan una parte esencial del funcionamiento democrático, esto debido a su considerable masa poblacional y a su relevancia en los procesos electorales; no obstante, la manera en que interactúan con los grupos de partido, las entidades encargadas de representar a la ciudadanía y los métodos clásicos de tomar participación en asuntos públicos enfrenta retos significativos.

Esta investigación tiene como propósito el análisis y la relación entre las juventudes, democracia y crisis de representación en México a partir de análisis teórico y del análisis de información estadística proveniente principalmente de la Encuesta Nacional de Cultura Cívica (ENCUCI), el Instituto Nacional Electoral y estudios académicos sobre cultura política juvenil. Como el distanciamiento de las instituciones democráticas no signifique un rechazo de la democracia total, pero sí un cambio en cómo participan y una brecha que crece con los medios tradicionales de representación.

Los datos muestran una paradoja: las juventudes constituyen un sector fundamental del electorado, pero su participación electoral disminuye después de la primera experiencia de voto y existen importantes niveles de desconfianza hacia diferentes instituciones políticas. Al mismo tiempo, las investigaciones sobre cultura política muestran que las juventudes poseen capacidades e intereses políticos que pueden expresarse mediante mecanismos distintos a los partidos y las elecciones.

Desde esta perspectiva, la crisis de representación debe analizarse como un problema de relación entre ciudadanos e instituciones y no exclusivamente como un problema de apatía juvenil. La discusión resulta relevante porque la democracia mexicana requiere no solamente ciudadanos que voten, sino instituciones capaces de representar intereses diversos, responder a las

demandas sociales y generar experiencias de participación con resultados concretos.

Palabras clave: juventudes, democracia, representación política, confianza institucional, participación política, cultura política, México.

Introducción

El sistema democrático en México enfrenta diversas modificaciones respecto a cómo los habitantes se conectan con los organismos políticos. Si bien los comicios siguen siendo herramientas clave para actualizar los mandos ejecutivos y mostrar las inclinaciones populares, la democracia no se limita únicamente a la práctica regular de emitir sufragios. El mandato representativo exige además un vínculo continuo entre electores, agrupaciones partidistas, entidades estatales y funcionarios públicos.

Esta situación cobra relevancia especial al analizar a las juventudes. En México, quienes tienen entre 18 y 29 años constituyen una fracción importante del cuerpo electoral. Dentro del ciclo electoral de 2024, la autoridad nacional encargada de lo electoral indicó que cerca de veinticinco millones de individuos de dicha franja etárea figuraban registrados en las listas electorales, evidenciando así la influencia política y electoral que poseen los jóvenes dentro de la nación (Instituto Nacional Electoral [INE], 2024a).

Sin embargo, dicho peso político no implica siempre tasas fijas de asistencia al voto. La Encuesta Muestral sobre Involucramiento Cívico del ciclo electoral 2023-2024 reveló que quienes tenían dieciocho años lograron un porcentaje de votación del 61.53 %, aunque dicha cifra bajó en cohortes etarias más avanzadas. El organismo INE señaló específicamente a los jóvenes como aquel segmento donde la asistencia demanda foco especial (INE, 2024b).

Dicho actuar suscita interrogante esencial. Cuando segmento relevante del electorado nuevo toma parte en urnas, ¿motivo existe para que dicha participación baje luego? Explicación fundada solo en desinterés sale corta. Hace falta examinar vivencias que sujetos jóvenes adquieren junto a organismos políticos tras integrarse legalmente al cuerpo cívico electoral.

Por consiguiente, el interrogante principal de dicho estudio radica en determinar la vinculación existente entre los jóvenes mexicanos y la democracia, considerando un entorno definido por la falta de fe hacia las instituciones, transformaciones en los modos de involucramiento ciudadano y una potencial situación de crisis referente a la representación política.

La premisa que guía este trabajo afirma que la lejanía política de los jóvenes no se debe solo a desinterés hacia la democracia. Hay un conflicto entre modelos clásicos de representación y nuevas maneras de participar en la acción pública creadas por las cohortes recientes, especialmente las vinculadas a entornos virtuales, colectivos ciudadanos y sistemas de incidencia fuera del partido. .

Este debate resulta relevante pues posibilita trasladar el estudio del interrogante «¿por qué los jóvenes no toman parte?» a uno más extenso: ¿cuáles circunstancias hacen que las juventudes vean útil su intervención en las estructuras democráticas?

1. Juventudes y democracia

La categoría juventud no debe de ser entendida como un grupo uniforme. Las vivencias políticas de las personas jóvenes están marcadas por condicionantes sociales económicas educativas culturales y territoriales varias. Por lo cual, referirse a juventudes en plural posibilita la admisión de multiplicidad de experiencias juveniles.

Mirándolo desde una óptica democrática, la implicación ciudadana se erige como aspecto clave de la vida política. Dahl (1999) sugiere que una democracia precisa de chances reales para que la ciudadanía pueda exponer sus gustos, tomar parte en lo político e incidir en las determinaciones colectivas. Este entendimiento nos deja ver que la democracia no se reduce a votaciones además requiere vías constantes de intervención.

La intervención en elecciones es apenas una de las maneras en que la ciudadanía interviene en los asuntos públicos. Las protestas, colectivos, grupos, iniciativas, lugares locales y hoy las plataformas virtuales pueden igualmente ser ámbitos de intervención.

No debería considerarse a la juventud como si fuera un grupo unificado idéntico. Lo que experimenta cada joven en lo que respecta a la política varía de acuerdo con su circunstancia social económica educativa cultural y conforme al lugar en que se encuentre. Hablar de juventudes, sí en plural, justo sirve para no perder de vista esa diversidad de experiencias. En una democracia, la participación de la gente es clave.

Dahl en 1999, él opinaba que los ciudadanos deben tener de verdad oportunidad de manifestar sus preferencias, incursionar en la política y que estas tengan peso en las decisiones comunes. Entendemos entonces, que la democracia no finaliza con las elecciones, sino que además requiere de constante es espacios para la participación.

La votación es una faceta de la participación ciudadana en asuntos públicos nada mas. También son importantes las movilizaciones, grupos sociales, asociaciones, movimientos, los lugares comunitarios y actualmente, las plataformas digitales.

Por esto deberíamos observar bien esa supuesta separación entre los jóvenes y la política. Puede ser que alguien no esté en un partido y además, muestre interés en los problemas sociales, asista a una manifestación, propague información política o intervenga en alguna organización.

Mendieta Ramirez y Estrada Rodriguez investigaron en 2023 la cultura política y las practicas de los ciudadanos de diversas edades, con datos de la ENCUCI 2020. Ellos detectaron notables variaciones en el modo que las generaciones se vinculan con la democracia y los asuntos públicos. Su investigación es valiosa dado que posibilita examinar el vínculo existente entre el factor edad, el nivel de conformidad con el sistema democrático, las inquietudes acerca de las problemáticas nacionales y las acciones ciudadanas propiamente dichas.

Por ende, la involucración juvenil no se debiera ponderar únicamente a través de la pertenencia partidaria o la afluencia electoral. Deberíamos observar de cerca las múltiples vías por las cuales manifiestan sus aspiraciones y sus requerimientos.

2. La representación política y su transformación

La democracia en México sufrió cambios grandes en tiempos recientes. El territorio cambió de un modelo político donde el PRI dominaba todo a una situación con más lucha electoral y cambio de gobierno. Los ajustes legales al final del siglo pasado sirvieron mucho para mejorar las reglas de votación y crear entornos más competidos. Un instante muy clave fue la elección presidencial del dos mil, cuando hubo rotura del poder ejecutivo tras muchos años bajo control priista. Aún así, la apertura electoral no arregló sola temas como la brecha social, el soborno, el peligro y la falta de fe en las estructuras (Woldenberg, 2012).

La representación política forma parte de los núcleos principales de la democracia actual, dado que facilita que los habitantes transfieran momentáneamente la función de decidir a individuos seleccionados a través de mecanismos eleccionarios. No obstante, dicha representación no concluye únicamente al momento del sufragio, sino que además exige que haya conexión entre los requerimientos del colectivo y las resoluciones de aquellos que detentan puestos oficiales. Si los residentes sienten que sus aspiraciones carecen de atención o que los mandatarios operan distantes de sus urgencias,

entonces podría ocurrir una erosión del vínculo representativo (Rosanvallon, 2007).

Esta condición posibilita entender la denominada crisis de representación, que no implica que la ciudadanía haya cesado su interés por la política. Más bien podría reflejar una disminución de confianza en ciertas instituciones y en los métodos clásicos mediante los cuales se estructura la participación.

Rosanvallon indica que las democracias actuales han creado nuevas modalidades de control, interrogación y manifestación de la desconfianza frente a aquellos que ostentan el poder, de modo que la participación política ya no puede limitarse únicamente a los comicios (Rosanvallon, 2007).

En México, la confianza en las instituciones resulta un asunto muy importante. Datos del Latinobarómetro indican que los partidos políticos están entre aquellas entidades que producen menos confianza dentro de América Latina. Para el año 2024, únicamente el diecisiete por ciento de los individuos consultados en toda la región expresó confianza respecto a los partidos políticos; en cambio, el Congreso alcanzó veinticuatro por ciento y la entidad electoral treinta y cuatro por ciento (Corporación Latinobarómetro, 2024).

No obstante, hay que separar el rechazo a ciertos órganos del rechazo a la democracia. Un individuo puede desconfiar de los grupos políticos y, a su vez, creer que la democracia sea el mejor sistema de mando. Esa distinción sale muy importante para analizar a los jóvenes, porque una poca identificación con partidos o una menor votación no siempre indican falta de interés en temas públicos. Las maneras de participar pueden variar y moverse hacia colectivos sociales, agrupaciones vecinales, lugares de estudio online o entornos virtuales.

Según la óptica de Pierre Bourdieu, dichas divergencias se comprenden al observar que los sujetos residen en ubicaciones diversas dentro del campo social y disponen de volúmenes heterogéneos de capital económico, cultural y social. Dichos activos determinan las oportunidades que poseen los actores para decodificar el discurso político, crear vínculos, obtener datos y entrar en ciertos ámbitos. En consecuencia, la acción política no admite una sola explicación basada en elecciones personales, pues además depende de los antecedentes y recursos sociales propios de cada individuo (Bourdieu, 1986).

Esta visión se torna muy provechosa al examinar a la juventud en México. No cada muchacho dispone de iguales circunstancias para intervenir. Un alumno de universidad con conexión web, horas para enterarse y vínculo con entidades civiles tiene medios distintos comparado con uno que labora turnos largos o sufre problemas financieros. En consecuencia, referirse a "la juventud" como si fuera una masa uniforme puede velar desequilibrios sociales relevantes.

Además, las modalidades de participación política han cambiado debido al crecimiento de las herramientas tecnológicas digitales. Las plataformas sociales facilitan que los jóvenes manifiesten posturas, compartan datos, intervengan en procesos electorales y coordinen esfuerzos sin requerir afiliación oficial a una agrupación partidaria. Castells sugiere que las estructuras comunicacionales han alterado los patrones de organización y actuación grupal, habilitando nuevos modos de establecer conexiones y activar movimientos políticos (Castells, 2009).

Las juventudes poseen también un peso relevante dentro del sistema electoral nacional. Conforme al Instituto Nacional Electoral, en enero de dos mil veinticuatro los individuos comprendidos entre dieciocho y veintinueve años constituían el veintiséis punto noventa y dos por ciento de la Lista Nominal; esto implica, más de una cuarta parte del electorado posible. No obstante, el mismo organismo clasifica a las juventudes entre aquellos sectores que muestran menores grados de participación electoral, especialmente entre quienes se hallan en los primeros años de vida ciudadana (Instituto Nacional Electoral [INE], 2024).

3. Confianza institucional y democracia en México

La confianza institucional es un aspecto vital para comprender la conexión entre ciudadanía y democracia, además que revela como la gente evalúa el desempeño de las entidades que estructuran la vida política. Una democracia sana no necesita ciudadanos con fe ciega en sus estructuras; al contrario, el crítico, el vigilar y el demandar ciudadano son pilares. Lo que, si es crucial, son estructuras que la gente considere legítimas, que los representen y que tengan la capacidad de atender a las peticiones sociales. Si la ciudadanía siente que las estructuras no abordan sus intereses o sus acciones son ajenas a las necesidades de la gente, puede resultar un debilitamiento de la confianza y, a su vez, un declive en la voluntad de involucrarse en los procesos institucionales.

No debemos ver la confianza institucional solamente como un sentimiento bueno o malo hacia una institución. Asimismo, tiene que ver con lo que la gente vive en su relación con el Estado, los grupos políticos, los gobiernos y quienes nos representan. Cuando las personas perciben que sus reclamos son tenidos en cuenta, que hay medios para que rindan cuentas y que las entidades actúan justamente, su sentimiento de legitimidad puede aumentar considerablemente. Sin embargo, las vivencias de actos corruptos, la inequidad, la inacción estatal o el incumplimiento de compromisos electorales propician que la gente se sienta distante de los organismos gubernamentales.

La Encuesta Nacional de Cultura Cívica 2020 la armó el Instituto Nacional de Estadística y Geografía en conjunto con el Instituto Nacional Electoral. Su propósito fue dilucidar los valores, las conductas cívicas, los grados de participación y la fe en las instituciones mexicanas (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2020). Muy importante resulta esta medición porque revela que el vínculo entre el público y las instituciones no es igual para todos y que la confianza varía según la clase de entidad.

Los resultados evidencian notable desconfianza hacia varias instituciones. A modo de ejemplo, apenas un escaso 2.8% de los consultados expresó gran fe en los legisladores locales, mientras que un considerable 38.9% dijo tener escasa confianza y un abrumador 33.8% declaró no confiar para nada (INEGI, 2020). Pues mira esto quiere decir que sete de cada diez personas encuestas dijeron que tenían poca o ninguna confianza en los diputados de los estados la tamaño de este resultado nos muestra un problema directo con la representación política y es que los congresos y la gente que anda dentro de los congresos su jefa es representar a la gente crear leyes y participar en las decisiones que toma el gobierno.

Esta información cobré un valor notorio para el examen de la representatividad política, dado que los miembros del congreso representan justo uno de los pilares institucionales clave a través de los cuales la población halla eco. En principio, la representatividad política fragua un puente que une las aspiraciones ciudadanas con los veredictos que emanan del seno de las entidades. No obstante, cuando un segmento considerable de la gente juzga que sus delegados no atienden debidamente a sus afanes, puede originarse una brecha perceptible entre aquellos que representan y los que son representados.

La falta de fe igualmente puede acarrear repercusiones en la acción política. En el supuesto de que los individuos consideren que las estructuras estatales carecen de la aptitud para solventar sus urgencias, su afán por involucrarse en vertientes convencionales, cual partidos políticos, gestas electorales o colectivos formales, pudiera menguar. Esto no implica, por definición, que se aparten por completo del ámbito político. Las encuestas revelan una división persistente en la opinión pública sobre la relevancia de las organizaciones partidistas. Casi el veinte por ciento de los consultados estuvo muy de acuerdo con que sin estos grupos, la democracia se desmorona, sumado a un treinta y dos por ciento que afirmó estar algo conforme. Por otro lado, casi veintiséis por ciento se posicionó en leve desacuerdo, mientras que un dieciocho indicó total disconformidad con esa premisa (INEGI, 2020). Este dato refleja claramente una divergencia en las visiones acerca de la trascendencia de los partidos en el contexto democrático.

Dicha brecha resulta significativa dada la continua centralidad de las facciones políticas en el entramado democrático del país, principalmente por su rol en la contienda electoral y en la conformación de los poderes ejecutivos y legislativos. Sin embargo, el hecho de que estas entidades sean cruciales para el sistema político no implica que la ciudadanía las perciba de manera uniforme como próximas o verdaderamente representativas. Si bien es cierto que se puede reconocer la necesidad de los partidos para estructurar la disputa electoral, de forma paralela se nutren señalamientos negativos sobre su desempeño, sus dinámicas internas o los métodos para designar y presentar a sus abanderados.

Para los jóvenes, este escenario cobra una relevancia especial. Los jóvenes entran a la esfera política en un escenario donde las estructuras consagradas coexisten con modos innovadores de dialogar y participar. Por ende, su vínculo con la democracia podría caracterizarse por una amalgama de interés hacia ciertas temáticas públicas y escepticismo ante los organismos que gestionan dichas cuestiones. Esto arroja luz sobre el hecho de que la brecha de representación no implica necesariamente que los jóvenes hayan desertado del interés por lo político, sino más bien que tal vez estén cuestionando las maneras convencionales en que esta se estructura.

4. Las juventudes y su compromiso con el sufragio

El acto de votar se erige como uno de los termómetros más evidentes del vínculo entre la ciudadanía y el sistema democrático. El sufragio constituye uno de los pilares centrales a través de los cuales los individuos manifiestan sus inclinaciones políticas y participan activamente en la elección de quienes los gobernarán. No obstante, las pautas de intervención juvenil exhiben peculiaridades que no se dilucidan únicamente con el argumento de la indiferencia política.

En el transcurso del ciclo electoral 2023-2024, los individuos de 18 años mostraron una implicación del 61.53 por ciento, una cifra considerable entre la población joven. El INE observó que estas tendencias se diferencian de la reducción de participación en otras edades (INE 2024b). Esto nos pone a pensar que los jóvenes no son solo apáticos porque hay un gran interés en participar cuando hay un primer contacto oficial con el voto.

La primera vez que votas puede ser un momento clave en la formación de la ciudadanía. Con 18 años se da la oportunidad de elegir representantes a cargos públicos por primera vez. Esto crea esperanzas en que la democracia puede lograr transformaciones. Sin embargo, si después de votar las personas sienten que su situación no mejora o sus peticiones no son escuchadas, es

posible que su participación disminuya.

La menor participación en edades mayores sugiere que la relación con las instituciones puede cambiar tras las vivencias políticas de los jóvenes. La conducta electoral no está determinada solamente por la edad; de hecho, está influenciada por elementos como cómo se ven los aspirantes, la fe en las instituciones, el genuino interés en lo político, la situación financiera y social imperante, además de la visión sobre si el voto servirá para algo.

Una posible razón para esto radicaría en la idea de la efectividad política. Eso involucra lo que la gente piensa acerca de poder entender las cosas de la esfera pública y de ejercer alguna clase de poder sobre ellas. A la efectividad política se la puede partir en una parte interna, ligada a cómo las personas confían en sí mismas para entender y meterse en la política, y una parte externa, que tiene que ver con si uno siente que las instituciones prestan atención y reaccionan a lo que los ciudadanos piden.

Cuando alguien piensa que puede conseguir cosas con su acción, es mas seguro que siga actuando. Si en cambio siente que sus elecciones no provocan alteración alguna, puede que su compromiso merme. En esa línea, el sufragio no solo depende de que haya elecciones, sino más bien de lo que la gente percibe acerca del valor de involucrarse. Por eso es que la baja participación juvenil debería ser observada no únicamente de forma individual. Sino también atendiendo las circunstancias institucionales, que pueden impulsar o restringir su intervención. Indagar las causas por las cuales los jóvenes dejan de votar después de sus primeras votaciones nos lleva también a cuestionarnos sobre lo que descubren al acercarse a las instituciones políticas.

Asimismo, la intervención electoral es solamente una faceta de la participación democrática en general. Un joven puede omitir el voto y, paralelamente, participar de lleno en una asociación estudiantil, un movimiento social, una campana electrónica, o algún proyecto de su comunidad. De allí que para analizar el vínculo entre la juventud y la democracia, se deberá tener en cuenta un espectro más vasto de actividades políticas.

5. Mentalidad política joven

La mentalidad política deja analizar las percepciones, los valores y las maneras de actuar, a través de las cuales las personas interactúan con las instituciones y los temas públicos. La comprensión política de una persona no se restringe a lo que sabe de política; esto abarca también su parecer sobre la democracia, cómo ve a sus líderes, si quiere involucrarse y cuánto confía en los sistemas

establecidos.

Investigando la cultura política de los jóvenes, debemos desechar la noción de que solo hay una forma de ser joven en el ámbito político. Los jóvenes no son un bloque homogéneo; su forma de ser joven políticamente va a depender de su contexto social, económico, educativo, territorial y cultural. Por eso, hablar de "los jóvenes" como si fueran todos iguales, se puede disimular que hay grandes brechas en cómo se relacionan con el quehacer político.

Mendieta Ramírez y Estrada Rodríguez (2023), examinaron tres rangos de edad con datos de la ENCUCI 2020: los de 15 a 24 años, luego de 25 a 34 años, y por último los de 45 a 54 años. Su estudio indica que las posturas sobre democracia y el modo de ser ciudadano muestran disparidades entre generaciones. Un análisis de este tipo es valioso por que deja ver que las ideas sobre política no se crean solas, sino que están atadas a lo que cada generación ha vivido históricamente y en sociedad. Una cosa importante de este estudio, es su luz para que veamos que las generaciones que son más jóvenes no tienen que ser una cosa totalmente mala relacionarse con la democracia. Esos factores, nos es vital para diferenciar la desconfianza de instituciones y un rechazo al sistema democrático.

Así, el desencanto de las instituciones no debe ser visto como un rechazo a la democracia sin más. Realidad, el crítico contra las instituciones puede ser una parte de la misma cultura que es democrática. Ciudadanos democráticos no solo votan, pero también les preguntan a quienes los representan, piden claridad y piden que las cosas sean mejor.

El problema surge cuando la desconfianza deviene en pensar que ningún modo institucional pueda lograr cambios. En esa situación, puede nacer una distancia entre la gente y las instituciones, sobre todo cuando las personas no haya maneras que funcionen para convertir lo que quieren en decisiones públicas.

En el caso de la juventud, este asunto puede ligarse a su búsqueda de otras maneras de expresarse. Las generaciones nuevas, ya tiene acceso a medios digitales que permite hacer y pasar información sin que dependan totalmente de las viejas formas. Esto altera las maneras en que la juventud pueden construir sus identidades políticas y intervenir en foros públicos.

6. Juventud y modalidades emergentes de compromiso

Los cambios tecnológicos han trastocado las vías de comunicación y el involucramiento político. La diseminación de internet y las plataformas sociales han brindado a incontables individuos la capacidad de obtener información

política, articular posturas, orquestar eventos y tejer lazos con otros ciudadanos de forma instantánea.

Castells (2009) expone que las colectividades modernas se articulan cada vez más a través de tramas de comunicación, las cuales remoldean las interacciones sociales y políticas. Bajo esta óptica, las redes no operan solo como aparatos técnicos, sino como escenarios donde florecen vínculos sociales, se diseminan narrativas y germinan modalidades novedosas de acción colectiva.

Esta metamorfosis reviste una relevancia singular para la juventud, ya que las redes sociales representan ámbitos usuales de interacción. Los individuos jóvenes tienen la posibilidad de informarse, debatir, generar contenido y coordinar actividades políticas sirviéndose de plataformas digitales sin precisar afiliarse a una estructura oficial. Por consiguiente, el compromiso político podría gestarse al margen de las vías convencionales. Esto provoca una transformación del espacio público. Habermas (1989) concibió la idea de esfera pública con el fin de describir los foros donde las personas debaten temas de interés general. Las herramientas digitales han extendido las oportunidades para la comunicación colectiva, dado que posibilitan a quienes antes tenían pocas vías para participar en el diálogo social, crear y compartir datos.

No obstante, un mayor grado de participación no implica, de forma inherente, un avance en la calidad democrática. Las herramientas digitales además han dado pie a cuestiones en torno a la falsedad de la información, la propagación de bulos, la división de opiniones y la separación de grupos de oyentes. Es posible que quienes usan estas herramientas se topen sobre todo con información que valida sus propias posturas, algo que podría limitar el encuentro con puntos de vista diversos.

En consecuencia, no sería correcto pensar que las redes sociales por sí solas resuelven la problemática de la representación. Si bien las redes pueden hacer más accesible la participación, también pueden hacer más complicado el diálogo democrático en situaciones donde prevalecen opiniones extremas o datos engañosos. El desafío se enfoca en identificar cuándo estas herramientas pueden de hecho potenciar la participación, y no tan solo aumentar la diseminación de puntos de vista. Para que la participación digital genere impactos democráticos, las expresiones ciudadanas han de tener la oportunidad de mutar en exigencias colectivas, debates y, a la postre, resoluciones gubernamentales.

A este respecto, las plataformas sociales podrían operar como un umbral hacia la implicación política. Un muchacho pudiera iniciar enterándose de algo, luego

manifestar un parecer, diseminar datos, colaborar en una campaña virtual y acabar comprometiéndose en acción física.

7. El cómo se representan los jóvenes en las contiendas electorales

La falla de representación además se manifiesta en el modo que los intervinientes políticos forman narrativas acerca de la juventud. Siendo que la representación política de un colectivo va más allá de ubicar individuos del mismo dentro de los sitios de poder; igualmente concierne entender sus dilemas, preferencias e inusuales circunstancias socioeconómicas.

El INE hizo una indagación sobre las campañas comiciales de 2021 y 2022. Este trabajo tenía como meta examinar los mensajes dirigidos a jóvenes de 18 a 29 años de edad. La investigación señaló que la forma común de hablar de los jóvenes era amplia y no reflejaba las diferentes circunstancias sociales de ese grupo (INE, 2024c).

Esta conclusión es clave, ya que ilustra que la cuestión de quienes son vistos no se limita solo a cuantos jóvenes tienen roles políticos, sino también a como las organizaciones moldean las ideas sobre las juventudes. Si las iniciativas hablan de los jóvenes como si todos fueran lo mismo, hay peligro de usar ideas generales que no aborden sus diversas exigencias.

Mostrar a las juventudes como si fueran una sola cosa puede hacer invisibles diferencias notables ligadas a situaciones económicas, formativas, profesionales, geográficas y sociales. No encara los mismos desafíos un estudiante de universidad que un joven fuera de la escuela, ni son iguales las vivencias de los que residen en ciudades y los que viven en pueblos.

También, la forma de ver a las juventudes debe considerar que sus intereses cambian según sus vidas. El empleo por ejemplo o la educación así mismo el acceso a la vivienda y también la seguridad la movilidad la participación política y el desarrollo pueden adquirir distintos niveles de importancia variando según el contexto específico. Por esto la representación sustantiva requiere identificar problemas en concreto y después construir mecanismos mediante los cuales estas demandas que tenemos se puedan convertir en decisiones de carácter público.

Conclusiones

Profundizando en la vinculación de los jóvenes, la democracia y la representación en México se vislumbra que el dilema escapa a una simple atribución de desinterés a las nuevas generaciones. Es más bien, lo que las cifras revelan es un tejido intrincado, un panorama donde coexisten tanto el ímpetu por la esfera pública, la participación en las urnas, el manejo de plataformas digitales como también, concurrentemente, significativas cuotas de recelo hacia las estructuras y figuras políticas ya establecidas.

La confianza en las entidades rectoras emerge como un pilar esencial para desentrañar este panorama. Los hallazgos de la Encuesta Nacional de Cultura Cívica arrojan luz sobre una visión adversa de ciertos organismos de representación, en especial de legisladores locales. Que un segmento considerable de la ciudadanía declare mínima o nula fe en sus vocados pone de manifiesto una brecha palpable entre la población y sus representaciones. La relevancia de esta situación emana de que la democracia trasciende las elecciones regulares, requiriendo también la habilidad institucional para crear legitimidad, atender reclamos sociales, y forjar conexiones sólidas con el pueblo según lo documentado por el INEGI en 2020.

Observamos que en el ámbito de las juventudes, tal coyuntura reviste matices específicos. Los jóvenes emergen en el panorama político inmersos en un entorno de mutaciones sociales, económicas y tecnológicas que han redefinido los patrones de participación de antaño. En consecuencia, evaluar su conducta exclusivamente mediante su presencia en las urnas se torna inadecuado. El sufragio de los dieciochoañeros en el ciclo electoral 2023-2024, con un 61.53 por ciento, evidencia una notable voluntad de involucrarse al tener su primer acceso al derecho al voto, como apunta el INE en 2024b. No obstante, la tendencia a decrecer la participación en años venideros invita a reflexionar sobre los trances que los jóvenes atraviesan con las estructuras gubernamentales tras integrarse oficialmente a la ciudadanía electoral.

A este respecto, el constructo de eficacia política ilumina un segmento significativo de la dificultad. No nomás los muchachos deberían tener derecho a meterse; es importante que sienta que su participación podrá causar. Si uno cree que su voto, sus ideas o sus acciones comunitarias pueden afectar decisiones nacionales entonces probablemente siga participando. Al revés cuando las organizaciones se ven alejadas o imposibles de contestar peticiones de la gente, esto puede generar molestia y que bajen las ganas de participar común.

Pero, la desconfianza hacia las instituciones no significa que odian la democracia. Alguien puede apreciar la democracia y todavía dudar de los

partidos, desconfiar de los que hacen leyes o quejarse de como trabajan ciertas entidades. Esta diferencia es bien importante para entender como piensan los jóvenes en política, por que así se puede ir mas alla de pensar que los muchachos no les interesa nada. El inconveniente esta, a lo mejor, en la manera que conectan con las viejas formas de que los representen.

Los cambios de la era digital han ayudado a cambiar esa conexión. Las plataformas digitales, incluyendo las redes sociales, han creado ágoras novedosas para enterarse, manifestar pareceres, discutir, conjugar movimientos colectivos y crear lazos políticos.

En concordancia con Castells (2009), las sociedades de ahora están mas entretejidas por tramas comunicacionales que mudan las relaciones sociopolíticas.

Para la gente joven, estas herramientas significan una via de involucrarse sin obligación de unirse a facciones políticas o entes instituidos.

Sin embargo, no seria exacto creer que la acción digital sea un remedio a la situación de poca representación. Las redes sociales posibilitan un mayor flujo informativo y simplifican la opinión pública, pero también tienen el potencial de fomentar datos falsos, división y fragmentación en la charla pública.

Por esto, el reto democrático no se limita a que mas jóvenes actúen en línea, sino a producir circunstancias para que esa participación se transforme en dialogar, agruparse e influir efectivamente en las resoluciones estatales.

Un punto primordial adicional es como los órganos de poder y los figuras políticas reflejan a la juventud. Los jóvenes no son una unidad igual. Existen divergencias considerables atadas a la instrucción el trabajo las circunstancias monetarias la geografía y vivencias sociales. Así pues las campañas electorales que se apegan a una imagen colectiva de "los jóvenes" corre el riesgo de simplificar excesivamente sus requerimientos y aspiraciones. La representación auténtica exige visibilizar esta heterogeneidad y crear vías para que las distintas perspectivas juveniles se integren en la formulación de políticas.

Por ende, el decaimiento de la representación en México no ha de concebirse únicamente como un vacío en la implicación juvenil. Se trata, más bien, de un dilema vinculado a la calidad de la conexión entre los ciudadanos y los entes gubernamentales. Los jóvenes participan, no obstante, lo hacen a través de modalidades progresivamente variadas. Emiten su voto se enteran divulgan posturas en plataformas digitales intervienen en acciones comunitarias y interrogan a las instituciones. El desafío es que el sistema democrático pueda discernir estas modalidades novedosas de involucramiento y articular sistemas

para su inclusión en las etapas decisorias. A sí, que a fortalecer la democracia en México debemos de dejar de ver nomás la pura cantidad de jóvenes participando y empezar a pensar también en la calidad, cómo están participando y qué es lo que se logra con ello. No nomás es que voten los jóvenes, sino hacer que las instituciones los escuchen, respondan y prueben que su participación cambia cosas.

Para que los jóvenes vuelvan a confiar, no les pidamos que confíen sin más. Más bien, tenemos que hacer instituciones a las que puedan criticar y vigilar, pero que también se muestren legítimas con hechos, abiertas, que representen y respondan. La democracia se hace fuerte cuando la gente puede decir lo que no le gusta y que eso se vuelva acciones y decisiones públicas.

Entonces, los jóvenes no son solo los que sufren porque no los representan bien, sino una chance para cambiar cómo funciona la participación democrática aquí en México. Entender sus formas de hacer, lo que ellos exigen y sus novedosas estructuras organizativas permite concebir una democracia que sea más amplia, abarcativa y adaptable a las transformaciones sociales y tecnológicas. El reto no es que los jóvenes se acomoden a las estructuras actuales, mas bien, es lograr que las estructuras cambien y respondan a una ciudadanía que igualmente se modificar.

Referencias

Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. G. Richardson (Ed.), *Handbook of theory and research for the sociology of education* (pp. 241–258). Greenwood Press.

Castells, M. (2009). *Communication power*. Oxford University Press.

Dahl, R. A. (1999). *La democracia: Una guía para los ciudadanos*. Taurus.

Habermas, J. (1989). *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society*. MIT Press.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2020). *Encuesta Nacional de Cultura Cívica (ENCUCI) 2020*.

<https://www.inegi.org.mx/programas/encuci/2020/>

Instituto Nacional Electoral. (2024a). *Estrategia Nacional de Educación Cívica 2024–2026*. <https://portal.ine.mx/wp-content/uploads/2024/07/ENCIVICA-2024-2026-COMPLETA.pdf>

Instituto Nacional Electoral. (2024b, 9 de diciembre). *En el PEC 2023-2024 se acentúa la asistencia a las urnas de personas mayores de 60 años*. Central Electoral. <https://centralectoral.ine.mx/2024/12/09/en-el-pec-2023-2024-se-acentua-la-asistencia-a-las-urnas-de-personas-mayores-de-60-anos/>

Instituto Nacional Electoral. (2024c). *Sin propuestas. Narrativas mediáticas en torno a las juventudes: Un análisis de la carencia de propuestas políticas en el marco del Proceso Electoral Local 2021-2022*. Coordinación Nacional de Comunicación Social.

Latinobarómetro. (2024). *Informe Latinobarómetro 2024*. <https://www.latinobarometro.org/documents/LAT-2024/latinobarometro-informe-2024.pdf>

Mendieta Ramírez, A., & Estrada Rodríguez, J. L. (2023). Democracia y cultura política en México: La opinión de los jóvenes con base en la ENCUCI, 2020. *RIDE. Revista Iberoamericana para la Investigación y el Desarrollo Educativo*, 14(27), e566. <https://doi.org/10.23913/ride.v14i27.1687>

Rosanvallon, P. (2007). *La contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*. Ediciones Manantial.

Woldenberg, J. (2012). *Historia mínima de la transición democrática en México*. El Colegio de México.